

LA VIDA PRÁCTICA

LA BIBLIOTECA DE UNA SEÑORA¹.

Nos hemos dirigido á la notable escritora doña Emilia Pardo Bazán preguntándola de qué libros debe componerse la biblioteca da una señora que quiere instruirse sencillamente, sin entrar en estudios superiores, y ha tenido la bondad de contestarnos lo siguiente:

¿Qué debe leer una señora?

Esto me pregunta usted, querido y antiguo amigo Abascal, y para responder voy á tratar de ver claro en mí misma, porque nunca me había planteado tal problema. En Dios y en mi ánima declaro que, con el radicalismo de los pocos años, hace bastantes contestaría: «Las señoras deben leer lo más que puedan, y aquello mismo que lean los hombres deseosos de recrearse ó instruirse con la lectura.» Pero su interrogación de usted es del orden práctico.«¿Qué debe leer una señorita ó señora de la clase media que no ha concurrido á los establecimientos docentes del Estado ni se ha educado en ningún colegio extranjero, que se ha formado en el seno de la familia y que de veinte á veinticinco años nota la necesidad de adquirir relativa cultura? ¿Cuál es el *traje de seda negra*, el *abrigo decente* y el *sombrero á la moda* que ha de vestir esa inteligencia femenina, desnuda actualmente ó, á lo sumo, cubierta con retazos de periódicos?»

Si consultamos al Kaiser Guillermo—el que recetó á la mujer las famosas cuatro KKKK—, de seguro inicia la lista de una biblioteca femenina juntando un tratado de higiene y un buen ejemplar da *La cocinera económica*, no sin atar con la misma cinta un libro devoto. No descontentemos al Kaiser, y él que nos conceda empezar por lo primero. Antepongamos la fe á la salud y la cocina, y encabecemos la biblioteca de nuestra burguesa con un ejemplar del *Antiguo y Nuevo Testamento* (notas del P. Scio) y otro de la *Imitación*. Casi nadie (en los países latinos) lee la Escritura.

Casi nadie lee los Evangelios. San Jerónimo convocaba á las nobles damas romanas de su época para leerlos y comentarlos. La fuerte savia religiosa de la Escritura nutrió á aquellas admirables mujeres de los primeros siglos de la Iglesia, animadas de tan enérgico sentido social, tan ajenas á ese exclusivismo mezquino y estrecho del hogar doméstico, una de las enfermedades antisociales y antipatrióticas de nuestra raza. Por otra parte, en la Escritura hay libros, como el de *Ruth*, el de *Job*, el *Cantar de los*

¹ *El Heraldo de Madrid*, 27 de febrero, 1902, p. 8. Este artículo de la condesa es un interesante indicador sobre lecturas apreciadas por la autora, y sobre tendencias lectoras.

Cantares, el *Eclesiastés*, que son lo más bello, poético y profundo que se ha escrito en lenguaje humano. Otra ventaja: al leer la Escritura se aprende la significación de muchos cuadros y obras de arte, el origen de muchas frases y sentencias anuales, los hechos de personajes tan citados como Job, David, Moisés, Abraham, Salomón; así es que la señora versada en la Escritura fácilmente puede parecer hasta una sabia, dada la ignorancia general de esos libros de tan inagotable contenido y hermosura tan suprema.

En cuanto á la *Imitaciótt*, es lectura de tanto jugo moral, que si ahora escribiésemos al estilo de las épocas de conceptismo, le llamaría *divino limón*. Con la *Imitación* en la mano, sobran, en el caso presente, los demás libros piadosos, y aun los filosóficos, que no me resuelvo á incluir en la biblioteca que estoy formando.

De los *Tratados de higiene* y *Artes de cocina* no recomiendo en especial ninguno, porque deben preferirse los muy recientes, y á cada paso ven la luz. No son éstos libros de lectura, sino de manejo y consulta, y no habría para qué incluirlos si en nuestras escuelas se diesen lecciones y nociones de higiene y economía doméstica, como se dan, por ejemplo, en Suecia y Dinamarca.

Allí se les enseña á las niñas á conocer y elegir los alimentos, á prepararlos, aderezarlos y guisarlos; á desinfectar y limpiar por métodos científicos. Aquí, tales conocimientos, al parecer vulgares y humildes, no son comunes. Ni aun se sabe barrer como es debido: todavía se barre armando polvareda. Lo digo siempre que tengo ocasión; porque si en España hace estragos alguna doctrina, no será el feminismo, y pues aquí estamos todavía en la plenitud de “la mujer de su casa”, conviene mirar despacio cómo anda la tal casa y cuanto con ella se relaciona. Su Majestad el Emperador de Alemania en parte lleva razón: vengan esos *Tratados de cocina*, vengan esas *Higienes*, y Apréndanse los secretos de la química alimenticia, los milagros de la asepsia, preservadora de la salud y prolongadora de la vida. En la biblioteca que estamos componiendo no pueden faltar una *Historia universal* y otra *de España*. Lo malo es que no existen. Al menos yo no las conozco tales cuales las desearía. Habían de ser compendiosas, completas en lo esencial, razonadas, claras, substanciosas, algo filosóficas y muy metódicas. Lafuente y la obra lata de Cantú no sirven, y el compendio de Cantú es un desastre. Recomiendo, pues, á la lectora cuya biblioteca organizamos, y que supongo no posee más idioma que el español, unas *Historias...* ideales; á no ser que la de España de Altamira, cuando esté terminada, venga a llenar este vacío.

De bella literatura - novelas, versos, teatro - andamos mejor que de historias; pero no debemos cargar la mano en este capítulo, acordándonos del dicho de Sir John

Lubbock: “Los libros de lectura amena y fácil son útiles para el espíritu como el azúcar para la alimentación; mas no vivimos sólo de azúcar...” Las señoras suelen pecar de golosas, y no habrá ninguna que no pruebe los confites de la novela, ya arriesgándose a *Pequeñeces*, ya enfrascándose en *¿Quo vadis...?* Les recomendaré pues, el dulce castizo, la clásica *conserva* de nuestros autores, incluyendo en la biblioteca el *Quijote* y las *Novelas ejemplares*, de Cervantes. El *Quijote*, lo mismo que la Biblia, ya no se lee. Conozco jóvenes escritores, cultos (en otros respectos), que están ayunos del *Quijote*, y ni quieren oírlo mentar. Léanlo, al menos, las señoras, para que no se le olvide del todo. De la literatura clásica nacional no recomendaría, para la reducida biblioteca, sino lo dicho, una media docena de dramas y comedias selectísimas de Calderón, Tirso y Lope, las *Cartas* de Santa Teresa, y un par de cuentos, finamente maliciosos, de doña María de Zayas. De las literaturas extranjeras es vergüenza no conocer la primera parte de *Fausto*, lo mejor de Shakespeare, *Los novios*, de Manzoni (aunque esto podría suprimirse), y *Ana Karenine*, de Tolstoi. Con ser tan vasta, rica y variada la amena literatura francesa, no acierto á escoger entre ella una obra recomendable para una señora de lecturas limitadas. Libros cristianos y delicados, los hay; novelitas de sentimiento, de elevado ideal, también; lo difícil es que uno solo reúna las cualidades que le harían digno de preferencia. La abundancia estorba á la selección. Acaso una novela de Balzac (*Eugenia Grandet*), otra de Alfonso Daudet (*Jack ó Fromont*) y un poema en prosa de Javier de Maistre (*El leproso de la ciudad de Aosta*) representasen bien á Francia dentro de la biblioteca femenina.

¿Y los poetas?... ¡Los poetas!... Ciertamente que no puede prescindir de ellos un espíritu algo soñador ó de temple algo literario. ¿Son *así* los de la inmensa mayoría de las señoras? Leer versos á solas (escucharlos es distinto) revela ya predisposición á no necesitar que nadie nos dé catálogos de bibliotecas. ¡El poeta preferido es, además, algo tan personal, tan íntimo! Sin embargo, tratándose de una española del siglo XX, creo poder adivinar sus gustos y vislumbrar, en el puesto de honor de su estantería, la cara expresiva, la sonrisa de rayo de sol al través de la niebla, del vate de las *Doloras*.

Si la española no lee poetas, no me extrañará; si los lee, empezará por Don Ramón, el mago de las almas.

Unos diecinueve ó veinte libros comprende ya la biblioteca de la señora á quien le vamos amueblando el cerebro y proporcionando esos maestros silenciosos que, según el obispo de Durham, instruyen sin varas ni palmetas, sin palabras duras y sin cólera, sin pedir regalos ni dinero; que si los llamamos nunca duermen, si les preguntamos nada

nos ocultan, si les desconocemos jamás se quejan y si somos ignorantes no se burlan de nosotros. Ahora... compatriotas míos, los de entrecejo fruncido y grave continente, ¿os asustaréis si añado á la lista alguna obra de sociología que trate de la condición de la mujer? ¿O hay algo más importante para la mujer que ella misma - su situación legal, social, moral, económica?

No soy propagandista; tengo muy sensible la epidermis y noto el temple del aire. Aquí no se ha planteado directamente el problema de la mujer, no porque no exista, según cree mi amigo Unamuno, sino por otras razones largas de explicar. Pero *eso*, que adviene en todas partes, advendrá aquí á su hora, traído - ya que no quisieron otorgarle beligerancia los burgueses - por la irresistible marea del colectivismo económico, por las reivindicaciones obreras. Y los que vemos algo de lejos - aun siendo por naturaleza miopes -, no necesitamos convertirnos en San Juanes clamando en el desierto.

Todo se andará. No se trata, pues, de propaganda, sino sólo de poner á la señora de la biblioteca en condiciones de saber algo de lo que en el mundo ocurre y más especialmente le interesa, y al efecto le daremos *La esclavitud femenina*, de Stuart Mill, y á título de documento, *La mujer ante el socialismo*, de Augusto Bebel, en la edición expurgada que yo publiqué, donde suprimí crudezas y blasfemias, respetando doctrinas y teorías. ¿Y no le parece á usted que bastará?

Si lee con asiduidad la buena señora en quien pensamos los veinte y pico de libros recomendados aquí, ya sabrá más que las novecientas noventa y nueve mil novecientas noventa y nueve señoras que jamás han probado lectura fuerte y sólo gulusmearon grajeas, bombones y confitillos. Si se le despierta el apetito y se aficiona á leer... ¡oh, entonces! Entonces ya no nos necesita, ni á usted, ni á mí, ni á nadie. Entonces ha visto el sol, respirado el aire puro y encontrado el manantial de la vida. Oigo hablar de *malas lecturas*. No las hay. Lo malo son las *pocas lecturas*. Quien lee mucho y siempre, rechaza por instinto el mal libro, el libro estúpido, el libro sucio, el libro huero y vano, como un paladar delicado y que se recrea en la abundancia rechaza el alimento insípido, nocivo ó grosero. ¡Malas lecturas! Aquí se han hecho campañas Contra ellas. Y según el censo, las dos terceras partes de los españoles y españolas no saben leer ni escribir...

EMILIA PARDO BAZÁN